

La violencia, ausencia de bien

RU

Introducción

El diálogo acerca de la violencia que presentamos muestra una discusión ficticia de dos jóvenes preparatorianos que representan a Hannah Arendt y Arthur Schopenhauer, cada uno de ellos exponiendo sus posturas respecto a las problemáticas que la violencia en nuestro contexto generan.

Ana representa a Hannah Arendt; de ella sabemos que su nombre original es Johanna Arendt, fue de origen Alemán y judía. Nació en Octubre de 1906 y muere en diciembre de 1975 en Estados Unidos. Arendt tenía una relación cercana con Heidegger, quien la indujo al ámbito filosófico; presencia la segunda guerra mundial y eso ocasiona que se cuestione sobre el mal y, a su vez, con la violencia, la revolución y la condición humana. También tuvo influencia marxista. Sus obras más importantes fueron *La condición humana*, *Los orígenes del totalitarismo*, *Sobre la violencia* y *Sobre la revolución*.¹

Arturo representa a Arthur Schopenhauer; este filósofo nace en 1788 y muere en 1860 en Alemania. Su padre era comerciante y su madre escritora. Sus padres lo fueron acercando a la lectura desde pequeño. Schopenhauer se sentía muy orgulloso de su padre; de ahí que, al morir afecta mucho su vida y su pensamiento filosófico. Tuvo una fuerte influencia kantiana. Su pensamiento sobre la voluntad le lleva a preguntarse sobre la maldad del hombre y su representación. Entre sus

¹ Existen ediciones de estas obras en castellano: *La condición humana*: España, Paidós, 2005. Editorial Alianza (España) ha publicado: *Sobre la violencia* (2005), *Los orígenes del totalitarismo* (2006) y *Sobre la revolución* (2004).

obras están *El mundo como voluntad y representación*, *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente* y *Eudomonología*.²

La importancia de estos autores estriba en las aportaciones que ofrecen tanto para comprender la condición de la violencia en la época actual, como para deducir de sus aportaciones algunas soluciones. Y es que, señala Arendt “como los resultados de la acción del hombre quedan más allá del control de quien actúa, la violencia alberga dentro de sí un elemento adicional de arbitrariedad”³ que, podemos suponer, puede ser detectada y, por ende, solucionada. Por su parte, o mejor, en contra-parte, Schopenhauer, afirma que la violencia no tiene solución, ya que, para él, la voluntad es el motor del hombre y esta voluntad siempre desea y es egoísta; representada en sus acciones, en su cuerpo. Señala Schopenhauer: “La esencia de la voluntad en si implica la ausencia de todo fin, de todo limite, por que es una aspiración sin término”.⁴

Respecto al diálogo, en lo general prevalecen los aspectos ético y político (sin descuidar lo ontológico y lo epistemológico) justo porque los autores que empleamos tienden a ello. Por nuestra parte, seguimos ese mismo esquema. Asimismo, tanto Schopenhauer como Arendt tienen como soporte una visión antropológica; consideremos que esta aportación enriquecen la discusión respecto a la violencia y su imbricación con, empleando una expresión de Arendt, *la condición humana*.

Consideramos, por último, que el mundo como se nos presenta, al menos a los jóvenes, es poco alentador y en ocasiones nos llegamos a preguntar si es posible que este problema acabe; nuestra sospecha es que difícilmente ocurra ya que las

² La editorial Gredos publicó sus obras completas en dos tomos, sin embargo nos fue imposible tener acceso a ella.

³ Hannah Arendt, *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 2006, pág. 11.

⁴ Arthur Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, Buenos Aires, El Ateneo, 1950, pág. 382.

prácticas injustas en el ámbito social parecen encubrirlas, más aún, da la impresión que hacen un llamado a la violencia. Si prevalece la injusticia, habrá violencia. Por otro lado, el ser humano contemporáneo está caracterizado por un egoísmo desmesurado y busca su propio bien sin importar las consecuencias de sus actos, principalmente aquellos que dañan a la colectividad.

Diálogo: Violencia, ausencia de bien

En estos días hay algunos jóvenes perspicaces e ingeniosos que, por cierto, no son comunes en una sociedad en decadencia en la cual impera la violencia, el egoísmo, la ignorancia y la apatía; jóvenes con un pensamiento distinto al de los demás; digamos chavos que dudan, se preguntan el “por qué” de las cosas y buscan respuestas a los problemas que se plantean. Dos de estos *raros jóvenes* se encontraban en la Escuela Nacional Preparatoria, en su último año de estudios. Sus nombres: Ana y Arturo.

Arturo era un joven pesimista; las personas lo conocían por una visión distinta del mundo, producto de un irracionalismo; muchos lo llamaban “el raro” o “el antisocial”; a él no le importaba. Sentía pasión por los libros de filosofía y literatura, en especial por las novelas del período del Romanticismo. Físicamente no era muy atractivo (y tal vez poco agraciado); vestía con colores oscuros. Tenía el cabello lacio, abundante y largo, como el cuello de una jirafa; era de estatura baja y usaba lentes oscuros aun fuese de noche.

Ana, una chica de 18 años, también apasionada por la lectura de obras filosóficas; gozaba de la poesía y el teatro. Una persona optimista. Al mirarla a los ojos salían de ellos un resplandor y brillo de confianza intensos. Era demasiado realista. Mostraba interés profundo por todo lo que ocurría a su alrededor, es decir, en la sociedad. Era amable y gentil con las personas; su gran perspicacia resaltaba su personalidad. Era hermosa, de cabello ondulado y sumamente suave, de estatura

mediana y ojos brillantes de color miel, y un cuerpo cincelado con precisión por la naturaleza.

A unos meses de terminar la preparatoria ellos se encontraban camino a la escuela, en Tacubaya, un lugar con calles sombrías, descuidadas y sucias; pululaban puestos de comida con apariencia antihigiénicos; el ambiente, al pasar las horas del día, se iba tornando gris. En su andar, Ana y Arturo platicaban sobre el concierto que, horas más tarde, se llevaría a cabo en el auditorio de su escuela. “Estará de *pocas pulgas*, ya que interpretarán obras de Beethoven, Mozart, Wagner y Chopin”, comentó Ana. Y justo al terminar esta frase, un joven de unos 19 años, vestido con una sudadera guinda, pantalones de mezclilla y un gorro negro, se les acercó con un arma diciéndoles: “¡Saquen el celular y su dinero o los lleno de plomo!”. Arturo se negó. El delincuente lo golpeó en la cabeza con la empuñadura de la pistola, dejándolo desmayado. El ladrón aprovechó el momento para tomar sus pertenencias y huir. Ana quedó atónita, en un estado de “shock” que le imposibilitó el movimiento de su cuerpo. La gente que pasaba por el lugar sólo observaba y se seguía de largo, sin hacer algo por ayudarlos. Ana recobró la cordura y, vació el agua que tenía en su botella para hacer reaccionar a Arturo.

En la escuela curaron la herida de Arturo y los hicieron permanecer un momento en una oficina de la Dirección. Los dos, aunque asustados por el incidente, comenzaron a dialogar sobre el asunto.

–¿Te encuentras mejor?– preguntó Ana.

–Lo suficiente para contestar a tu pregunta– respondió Arturo de manera descuidada.

–Fue un incidente inesperado y muy violento, pero a pesar de eso sé que tu herida mejorará.

–Si lo fue, aunque mi herida no sanará del todo; de hecho estaba pensando en lo primero que mencionaste: la violencia. Algo usual en nuestra sociedad, en la política, en las calles, en las familias...

–Y para ti ¿qué es la violencia?– le interrumpió Ana.

–Para mí la violencia es una manifestación de la voluntad, ésta hace que nos experimentemos como sujetos de deseos, de aspiraciones y anhelos. La violencia se exterioriza en actos, en acciones que daña a otros con el fin de alcanzar algo que desean y que por sí solos no les es posible obtener. Somos egoístas por que cada uno de nosotros buscamos nuestro bien y no solo eso, necesitamos satisfacer nuestros deseos sin importar cómo ni a quién afectemos. La voluntad, nuestra voluntad se afana por mantener la vida por encima de las demás. *Entonces se ve que cada uno de nosotros es capaz no sólo de arrebatarse lo que posee, sino de destruir su felicidad y aun su vida misma, con tal de proporcionarnos un aumento insignificante de bien estar*⁵.

–Tal vez tengas razón –respondió Ana–, pero yo creo que *la verdadera sustancia de la acción violenta es regida por la categoría medios-fin cuya principal característica, aplicada a los asuntos humanos, ha sido siempre la de que el fin esta siempre en peligro de verse superado por los medios a los que justifica y que son necesarios para alcanzarlo*⁶. Además, en la violencia se necesitan herramientas y eso se suele ver más en la actitud bélica. ¿Recuerdas que el ladrón tenía una pistola? Las armas son parte fundamental en las guerras.

–Estoy en desacuerdo –enfaticó bruscamente Arturo- con lo último ya que la voluntad del hombre, una voluntad egoísta como te dije, está representada en

⁵ Arthur Schopenhauer, *op. cit.*, pág. 329.

⁶ Hannah Arendt, *op. cit.*, pág. 10.

actos y puede realizarse con violencia sin necesidad de herramientas; es decir, con acciones del cuerpo, como golpes e incluso palabras.

Arturo guardo silencio por unos instantes, organizando rápidamente sus ideas. Cuando Ana estaba a punto de replicar, Arturo continuó:

-¿Y cuáles crees que son las causas de la violencia, además de lo que hemos dicho? Pero antes de que inicies, deja te doy mi punto de vista. El humano es un ser que experimenta muchas privaciones y necesidades, lo cual crea un dolor de deseo y cuando no puede ser alcanzado, utiliza la violencia para realizarlo.

-Pues estoy de acuerdo contigo, no podría haberlo dicho mejor- contestó Ana sonriendo.

-¿Y qué me podrías decir de la actitud bélica?, ya que ignoro el tema.

-Pues la actitud bélica, es decir, la guerra, es llevada a cabo por un fin político, sólo que en este caso, el poder va de la mano con la violencia, por que el poder necesita tener subordinado al estado, y el político siempre quiere tener el dominio. Lo que une a la violencia y al poder es: *la concepción del Gobierno como dominio de un hombre sobre otros hombres por medio de la violencia.*⁷ La violencia siempre destruye al poder que ejerce un gobierno o un gobernante, porque la violencia tiende al uso de instrumentos y herramientas hechos por el hombre con el fin de destruir. Y la guerra se puede usar con fin político como un método de violencia para obligar al oponente a hacer lo que queremos que haga.

-Y el objetivo bélico ¿es sólo ese?- preguntó Arturo algo insatisfecho.

⁷ *Ibid.*, pág. 72

Sin pensarlo y segura de lo que decía, Ana respondió: *Su objetivo racional es la disuasión, no la victoria y la carrera de armamentos, ya no una preparación para la guerra, solo puede justificarse sobre la base de que más y más disuasión es la mejor garantía de paz*⁸. Además que el desarrollo técnico de los medios de violencia alcanzó el grado en que ningún objetivo político puede corresponder concebiblemente a su potencial destructivo o justificar su uso en los conflictos armados. Pero lo que me importa en este momento es resaltar que, lo que estamos diciendo se aplica a la sociedad en que vivimos de manera directa, ¿O tú tendrías otra forma de cómo relacionarlo?

–Como ya lo mencioné al principio de esta conversación el hombre tiene necesidades y deseos, tiene que cumplirlos sin importar los medios y el fin. Como el caso del ladrón de hace unas horas, un joven privado al acceso de los bienes materiales por no tener los medios correctos para conseguirlos y al no poder conseguirlos tuvo que satisfacer sus egoístas deseos ejerciendo la violencia en otras personas. La voluntad se realiza en la multiplicidad de individuos, pero, cada individuo tiende a aniquilar a los demás. Cada uno quiere ser el centro de todo lo que le rodea sin importarle todos los demás.

Después de una pausa y mientras tocaba su herida para cerciorarse que ésta no sangrara, continuó Arturo.

-Para finalizar, tengo que agregar que la injusticia es lo que provoca toda esta violencia. Se entenderá por injusticia lo siguiente: *Por ser negación o supresión de la voluntad de vivir, tal renuncia construye una victoria sobre sí mismo, tan difícil y penosa de alcanzar. Pero como quiera que la voluntad presenta dicha autoafirmación del cuerpo en una serie innumerable de individuos que viven en sociedad, el egoísmo, natural a todos, hace que un individuo se convierta fácilmente, de mera afirmación, en negación de esa misma voluntad manifestada*

⁸ *Ibid.*, pág. 10

*en otro*⁹. Dicho con otras palabras, el hombre no llega a aceptar la voluntad de la otra persona o personas y ejerce la violencia sobre ellos, lesionando o destruyendo su cuerpo para que sirvan a su propia voluntad, en lugar de servir al cuerpo en que aparecen.

Las palabras de Arturo dejaron pensativa a Ana. Pensó que lo mejor era también dar una conclusión. Así que, mirándolo fijamente, le dijo:

–Días como éstos e incidentes muy parecidos como el que nos acaba de ocurrir, suelen ser los ataques de violencia cotidianos en esta sociedad y también si contamos la represión que ejerce el estado ante la gente, entonces , que para la situación actual es mucho más grave de lo que podemos suponer. Es decir, que el asalto que experimentamos es poco comparado con las atrocidades que ocurren una sociedad en donde impera la violencia. Más aún, si pensamos en los gobernantes e incluso los políticos, éstos se cercioran que la gente no piense ya que para ellos puede ser de un gran riesgo, en tanto que se ven afectados en sus intereses y beneficios, principalmente económicos.

Ana tomó una actitud pensativa y después de un fuerte respiro, concluyó:

–Y parte de la glorificación de la violencia es provocada por una enorme frustración de la facultad de acción del mundo moderno. Y mientras pasen estas cosas, habrá violencia. Influye también el elemento de arbitrariedad que alberga en nosotros en el ejercicio de nuestra toma de decisiones y, sin pensarlo, solemos también ejercer violencia. Así que esto no tendrá fin.

En eso un joven de 17 años con cabello largo, muy chino, del color del tronco de un cedro, y una extensa barba, como el creciente pasto en primavera; entró a la oficina de la dirección y dijo:

⁹ Arthur Schopenhauer, *op. cit.*, pág. 565.

–Lamento haber entrado de esta manera, pero pasaba por aquí y no pude evitar oír su conversación, me gustaría dar mi punto de vista sobre su plática. Yo creo que no hay un fin para la violencia, aunque puede llegar a un punto medio en el cual no se abuse de ella, ya que en algunas ocasiones puede ser útil y con fines no dañinos. Debe ser un punto medio ya que si hay exceso de ella habrá gente que violente los derechos y la condición humana de las demás personas, incurriendo, como han dicho en práctica injustas; por otra lado, y parece algo contradictorio a todo lo que han dicho, supongo que sería imposible las personas que viven sometidas a dichas prácticas injustas, la única manera que tendría para liberarse de ellos, sería por medio de la violencia. En lo personal, no veo otra solución, tal vez porque soy joven y me falta mucha experiencia y conocimientos. Pero de lo creo estar seguro es que la violencia se ejerce de muchas maneras y en algunos casos parece justificada.

Al terminar su discurso el joven extraño, Ana y Arturo se miraron fija y seriamente el uno al otro y, sin pensarlo, se rieron efusivamente.

Conclusión

En el diálogo hemos procurado mostrar que el problema de la violencia puede abordarse desde diversos enfoques, todos ellos aportando elementos de análisis tendientes a la resolución de dicho problema. Además se puede observar claramente esta problemática en nuestra sociedad; más aún, los mexicanos nos encontramos rodeados por ella y somos un gran número de personas víctimas de la violencia que impera impunemente en nuestra sociedad. Necesitamos una solución.

Las posturas de los dos autores nos muestran los distintos puntos de vista acerca de la violencia, nos muestran cómo se manifiesta en nosotros y cómo se genera, cómo nace y con qué mecanismo opera.

Nos pareció correcto aportar una intervención intempestiva al final del dialogo con la pretensión de abrir la discusión desde otra perspectiva: la justificación del uso de la violencia para perseguir algunas fines que beneficien a una población. De ahí la risa.

Bibliografía

- Arendt, Hannah, *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 2005.
- Cruz Prados, Alfredo, *Historia de la filosofía contemporánea*, Navarra, Eunsa, 1991.
- Schopenhauer, Arthur, *El mundo como voluntad y representación*, Buenos Aires, El Ateneo, 1950.
- Xirau, Ramón, *Introducción a la historia de la filosofía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.